

La miranda

PÁGINAS DE CULTURA

lamiranda@epi.es - blog.diariodeibiza.es/lamiranda

Nº 104



La exposición '100% Natural' puede visitarse hasta el próximo 27 de mayo en la sala de exposiciones de Santa Eulària

VICENT MARÍ

Naturaleza en estado puro

Una versión reducida de la macroexposición '100% Natural' puede verse estos días en la sala de exposiciones de Santa Eulària. Se trata de un trabajo del alicantino José Benito Ruiz, uno de los fotógrafos naturalistas españoles más premiados de las últimas décadas. Su visión del mundo de la naturaleza ibérica contiene el rigor científico y la sensibilidad estética. Su objetivo aproxima al espectador a los instantes más puros y desconocidos de la fauna, y le invita, en definitiva, a compartir los prodigiosos escenarios del mundo natural.

Pág. 33

La evolución es una chapuza

ANDRÉS MONTES

■ Tenemos tan alto concepto de nosotros mismos como especie que tendemos a olvidar que «somos lo que somos: primates muy encefalizados». Entre las muchas posibles definiciones del hombre ésa es la que elige José María Bermúdez de Castro, codirector de las excavaciones de Atapuerca, en 'La evolución del talento', su libro más reciente. «Nuestra propia humanidad es el producto de un diseño accidental, limitado por la evolución», resume el neurocientífico David J. Linden en otra cucharada de la misma cura de humildad en la que desmitifica la supremacía del encéfalo.

El cerebro nos singulariza frente al resto del reino animal y esa condición distintiva lo transforma en componente sublime de nuestra anatomía, la esencia de la naturaleza humana, la gran decantación evolutiva, la recurrente justificación de una supremacía transformada en amenaza para el resto del mundo. Y, sin embargo, como construcción orgánica el cerebro es más bien chapucero.

David J. Linden, profesor de Neurociencia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Johns Hopkins, desmonta esa visión excelsa de lo que nos hace humanos. «Las cosas que tenemos en más alta estima en nuestra experiencia como seres humanos —el amor, la memoria, los sueños y una predisposición al pensamiento religioso— son el resultado de una aglomeración particular de soluciones *ad hoc* que se han ido amontonando a lo largo de millones de años de historia evolutiva», apunta Linden. El cerebro presenta «un diseño a la vez ineficiente, falto de elegancia e incomprensible que, sin embargo, funciona», circunstancias ante las que el neurocientífico confiesa que «la for-



José María Bermúdez de Castro D. I.

ma en que se rinde culto al cerebro me sorprende y desconcierta».

En un cerebro adulto se enredan cien millones de neuronas y alrededor de un billón de células de la glía. Cada neurona recibe 5.000 sinapsis, lo que supone que en el cerebro hay unos quinientos billones de conexiones entre neuronas. Lo que alojamos en la caja craneal representa el dos por ciento del peso total del cuerpo, pero es un órgano tragón que devora el veinte por ciento de la energía corporal. Una exigencia energética que cambió incluso nuestra dieta y nos arrimó a la carne. Además, un setenta por ciento de los 23.000 genes del genoma humano se expresa en el cerebro. Pero que no nos abrumen las cifras, detrás de tan-

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ DE CASTRO

© DEBATE, 2010
244 PÁGINAS

La evolución del talento

tos cerros y una complejidad desmesurada se ocultan las limitaciones del cerebro. O dicho de otra forma: gracias a esa acumulación la cosa funciona. Al menos eso es lo que nos cuenta Linden, para quien «las neuronas individuales son procesadores terriblemente lentos, poco fiables e ineficientes» que sólo logran resultados cuando miles de ellas están enlazadas.

«El cerebro no ha sido diseñado de manera elegante ni mucho menos: es un revoltillo improvisado que, sorprendentemente y pese a sus cortocircuitos, logra realizar una serie muy impresionante de funciones. Pero si bien la función general es impresionante, no cabe decir lo mismo de su diseño». Ésta es la tesis central del libro en cuyo desarrollo Linden realiza una exposición clara y accesible de la anatomía y el funcionamiento cerebral. «El cerebro es el libro en el que se halla escrita la experiencia individual». Esa individualidad se levanta sobre la memoria y la emoción, que para Linden constituyen las «dos funciones esenciales del cerebro» y que son la base sobre «la que se construyen las capacidades superiores y las funciones complejas como el lenguaje o el razonamiento social».

Incluso aquellos aspectos más elevados

de nuestra condición humana como el impulso religioso resultan susceptibles de una explicación cerebral. «Nuestro cerebro se ha adaptado de manera particular a la creación de historias coherentes sin lagunas y esta propensión relativa a la creación de relatos forma parte de lo que predispone a los seres humanos al pensamiento religioso», afirma Linden, para quien «la fe no es competencia exclusiva de la religión» y resulta «algo esencial a la función mental humana. Es un primer paso, y un paso importante, en la tarea de dar sentido a nuestro mundo». «Nuestro cerebro ha evolucionado para hacernos creer», concluye. Como científico, Linden se muestra más bien humilde y reconoce que «muchas de las explicaciones que la biología actual puede ofrecer sobre la función superior del cerebro son más bien incompletas», lo que se supone que incluye alguna de las que él ofrece.

El cerebro accidental deja en muy mal lugar al supuesto guionista del desarrollo humano, a ese diseñador que invocan quienes cuestionan la teoría de la evolución y que, en la perspectiva de Linden, más que un fino ingeniero sería un chambón provisto de cinta aislante.

Frente a ellos, Bermúdez de Castro propone en su libro «conocer a fondo la evolución humana» para «entender la vida desde un punto de vista filosófico, más positivo, que debe conducirnos a la adquisición de una nueva consciencia». Y cierra 'La evolución del talento' con la sugerencia de que «nadie puede eliminar de un tizeretazo los genes de su comportamiento primate, pero sí podemos canalizar con habilidad lo que la naturaleza nos impone». Es decir, somos lo que somos, pero la ventaja es que lo sabemos.

Bolaño, vuelta al origen

LUCAS MARTÍN

■ A contramano, nerviosa, zigzagueante. La fiebre Bolaño crece a un ritmo intrincado, caótico, inusual en la literatura. Como si se tratara de una moda, de un filón que hubiese que explotar antes de que aparezca la piedra vacía. Sin apenas tiempo de digerir su obra, empieza a descerrajarse el malletín, casi siempre sospechoso, de los inéditos. El mercado le ha imprimido a su muerte una pauta de bestseller. Es como si pretendiese remedar la velocidad de su vida. Nada más legítimo y menos molesto para sus lectores, convertidos, a estas alturas, en una colonia de adictos.

Con Bolaño se convoca a la hipnosis. Basta devorar un volumen para necesitar una posología trimestral. Problema a la vista. Su obra no es inagotable y la lista de la compra no da para un libro. Para un buen libro. Aunque la escriba Perec. El revuelo suscitado por la aparición de 'El Tercer Reich', con su *making off* de leyenda, de manuscrito en la gabardina durante las últimas ediciones de las ferias del libro, tenía mucho de maledicencia implícita.

Se especulaba, como marcan los ritos en estos casos, con las razones que habían llevado al autor a replegar el texto en vida. La polémica, si la hay, se corrige con la lectu-



Roberto Bolaño D. I.

ra. La nueva entrega de Bolaño, cosa que ya se sabía, no es '2666', pero tampoco material de desecho. Las reservas del autor a su publicación se deben, como tanto en él, a su mala fortuna. En la escritura, resulta poco decente dar a la imprenta un libro que has escrito hace más de una década. Especialmente, si se ha avanzado de casilla. Es como si Cortázar no hubiera podido editar 'Los Premios' y le tocara el turno después de 'Rayuela' o 'El libro de Manuel'. Proba-

ROBERTO BOLAÑO

© ANAGRAMA, 2010
368 PÁGINAS

El Tercer Reich

blemente habría renunciado, lo que no quiere decir, ni mucho menos, que no merezca la pena.

'El Tercer Reich' es una delicia para los bolañistas. En él, como si fuera un diccionario cuántico, se despliegan los puntos microscópicos que unidos conforman la gran literatura del errante, del chileno. Su prosa está más contenida, pero como le gustaba decir, tiene un pie en el abismo. La novela no entraña la explosión fabulística de sus últimos títulos, pero tampoco se reduce a la convención. Bolaño, está claro, no podría. La trama, la gravitación del misterio, del dolor soterrado y nómada, presenta el semillero de obsesiones del autor, acaso uno de los más coherentes en la construcción de una obra, no de una suma de libros.

En la época de 'El Tercer Reich', Bolaño todavía conservaba grillettes, pero se abría paso su teoría del vuelo. Si se tro-

case su nombre de la portada, se hablaría de un autor original, prometedor, imaginativo. En el análisis pesa la monstruosa sombra de sí mismo. Es inevitable, aunque no lo suficiente para menoscabar los aciertos. Al igual que 'La pista de hielo', Bolaño sitúa la novela en un pueblo de la costa catalana. Un joven alemán, Udo Berger, campeón de wargames, se traslada allí con su novia y su inseparable tablero. Los acontecimientos, avanzando en nebulosa, se suceden. Aparecen personajes ratificados por la bruma, con misterios parcialmente descubiertos. El jugador advierte la fragilidad de su bienestar, da un golpe en la mesa en contra de la evasión que no se mancha las manos, abofetea al fantasma, prorrumpe por el barro en el corazón de su propia guerra.

La novela adquiere, por momentos, trazos magistrales. La descripción de los héroes marciales, de los movimientos sobre el tablero, resulta deliciosa, bergmaniana, sutilmente simbólica y especulativa. Lo mejor que se puede decir de una novela de Bolaño es que es genuinamente Bolaño.

Con 'El Tercer Reich' no existe la duda. Aunque la marca de 'Los detectives salvajes', de '2666', de 'La literatura nazi en América' flote muy arriba.

Los instantes naturales

Una exposición en Santa Eulària muestra una serie de imágenes del mundo natural ibérico

VICENTE VALERO

El proyecto '100% Natural (La naturaleza ibérica más sorprendente)' se inició en el año 2007, patrocinado por la Caja de Ahorros del Mediterráneo (CAM), y consiste en una macroexposición itinerante de fotografías del mundo natural tomadas por el fotógrafo alicantino José Benito Ruiz. La muestra, que ha viajado por numerosas ciudades españolas, entre ellas Madrid, Barcelona y Zaragoza, llega ahora a la sala de exposiciones de Santa Eulària, aunque en una versión reducida en número de fotografías y diferente en el formato habitual de su itinerancia: las imágenes no se muestran aquí en un espacio público al aire libre ni en paneles retroiluminados. Con todo, pese a tratarse de una versión disminuida del proyecto, la muestra que puede verse en Santa Eulària hasta el próximo día 27 de mayo permite aproximarse muy bien al espíritu naturalista del proyecto, dirigido por uno de los fotógrafos más capaces actualmente en este tema.

José Benito Ruiz nació en Alicante en 1966 y es el fotógrafo español de la naturaleza más premiado en los concursos internacionales de mayor prestigio. Sus imágenes consiguen captar instantes irrepetibles del mundo natural, especialmente de la fauna, con una calidad técnica extraordinaria. Como naturalista, su trabajo fotográfico bebe en las fuentes mismas del conocimiento práctico: fotografía la naturaleza porque la conoce muy bien, porque sabe cómo descubrirla, estudiarla y ofrecerla atractiva a los demás.

Si los animales estuvieron presentes en el origen de la pintura —como demuestra el arte rupestre—, no así en el de la fotografía, de origen urbano. Desde hace algunas décadas, sin embargo, el naturalismo tiene en la fotografía —y por supuesto en los medios audiovisuales— a su mejor aliado para la difusión y el conocimiento. Las imágenes tomadas por José Benito ofrecen una visión espectacular de la naturaleza, pero de instantes muy concretos y, sobre todo, muy intensos.

El colorido vivo de los animales —especialmente de los pájaros— y la proximidad del objetivo son los dos elementos esenciales que provocan en el espectador de estas imágenes una fascinación especial, una emoción. José Benito capta el movimiento, las formas diversas, su color, encontrando siempre modos de belleza, instantes únicos.

La exposición —la versión que ha llegado a Eivissa— tiene cuatro ángulos temáticos distintos. En primer lugar, un grupo de fotografías que representan los mundos en miniatura —propios de un microcosmos imperceptible para el ser humano—. En segundo lugar, los lenguajes ocultos: formas de comunicación entre animales. Un tercer apartado lleva al espectador a los escenarios naturales, con paisajes insólitos e intactos. Finalmente, una última sección muestra a los seres vivos en sus escenarios más inhóspitos, cuando la vida surge contra todo pronóstico.

Cada imagen es, en sí misma, una representación de la naturaleza en estado puro y, por tanto, también una reflexión profunda sobre la diversidad y la belleza. El fascinante mundo de los animales se representa así, si cabe, desde una proximidad fotográfica excelente, más fascinante y des-



Imágenes de la exposición '100% Natural'

VICENT MARÍ

conocido aún.

La muestra se presenta también como una forma de descubrir el entorno natural español, privilegiado todavía por su ubicación como puente entre África y Europa, donde muchas de sus especies emblemáticas tienen aquí sus últimos refugios: «una

fauna ancestral de mamíferos depredadores y aves vigorosas, con el valor añadido de su endemismo y escasez.»

Tal vez sea esta una de las tareas más necesarias de nuestro tiempo: la de conocer a fondo y lograr apreciar la diversidad biológica de nuestro país, propiciando una ma-

yor conciencia social y plataformas de conservación. Se está en ello, no hay duda. Y esta macroexposición, de la que puede verse ahora en Santa Eulària una versión reducida, con las maravillosas imágenes de José Benito Ruiz, supone un paso más, pero un paso importante.

Ya estamos perdidos

La mítica serie de televisión Perdidos termina esta semana después de seis exitosas temporadas



Personajes de Perdidos, serie que han emitido en España, a lo largo de seis años, diversos canales (Fox, TVE y Cuatro)



BEN CLARK

■ Qué difícil escribir sobre aquello que se desconoce cuando, en realidad, el único motivo para escribir sobre ello radica en este desconocimiento. En menos de una semana este artículo ya no tendrá sentido. Difícil, también, escribir sobre una serie que el lector quizá desconozca o que no le interese. Más difícil todavía escribir sobre *Lost* (Perdidos) si el lector 'lostiza' –verbo que pronto debería entrar en el DRAE– porque ¿qué podemos decir a día de hoy –y remarco el 'hoy'– sobre *Lost*? Quizá lo más teórico que se me ocurre es el siguiente análisis: la cosa está chungu.

Algunos llevan seis años de su vida dedicados a la serie (mientras tanto, para pasar el rato, han trabajado, han tenido hijos, se han casado, se han divorciado y han sido infieles con otras series que siempre les han llevado a la más amarga decepción). Otros se han quedado por el camino. 'Lost Caídos' es el nombre que han recibido por parte de nuestra Comunidad. A veces recordamos –con melancolía– su falta de entrega y guardamos su ausencia mientras nos comemos un mango mirando al mar. Es una pena.

Aquellos que, como servidor, no llevan años siguiendo la serie sino meses –viendo compulsivamente capítulo tras capítulo, yonki del misterio por el misterio, de la trama por la trama: madrugadas en vela, dejando atrás cada temporada como quien despide a un hijo que se independiza. Llega el final, amigas, amigos, y no será agradable.

«Algunos llevan seis años de su vida dedicados a la serie (mientras tanto, para pasar el rato, han trabajado, han tenido hijos, se han casado, se han divorciado...))»

«Cuando *Lost* termine estaremos perdidos. Fiel amigo al que volver tras una ruptura sentimental, tema de conversación con vecinos»

La trama está tan «liá» que no vale la pena entrar en discusiones absurdas sobre qué ocurrirá. Para documentarme –sí, pese a ser un adicto he investigado un poco– he navegado por Internet y, claro, ha sido peor. No sólo por todos los foros y las teorías –agradezco públicamente a aquellas personas que advierten en sus artículos y textos para que no sigas leyendo porque van a revelar 'claves' de la serie– sino porque cuanto más se lee sobre *Lost* menos se comprende y más crece el temor a un final desastroso.

Como recomendación personal, para todo aquel que no lo haya leído ya, el artículo de David Alandete en El País ('El nuevo lenguaje de la ficción: fascinante, pero... ¿coherente?' 27/03/2010) donde descubriremos, entre otras cosas, que es más que probable que Martin Scorsese se basara en la serie para rodar su última película, *Shutter Island*.

Cuando *Lost* termine estaremos perdidos. Por lo menos algunos estaremos perdidos. Fiel amigo al que volver tras una ruptura sentimental, tema de conversación con vecinos y carteros, inquietud semanal, íntimo secreto de la oficina, pequeño capricho que no engorda –¡viva!–. Ustedes comprenderán –o no–; son muchas horas, casi un máster, y muchos datos que no tienen ninguna utilidad fuera de este micro universo –donde su utilidad, todo sea dicho, tampoco queda muy claro–.

A veces he intentado explicarle a mi padre, que sólo ve la televisión para poner las noticias, «de qué va» la serie que me tiene

como un zombie vagando por este mundo de zombies.

–«Mira, papá, se trata de la vida de los supervivientes de un accidente de avión en una isla tropical».

–«Ah, ¿entonces es algo tipo Robinson Crusoe?»

–«No, no, papá, la serie trata de lo que les ocurre, como, por ejemplo, cuando luchan contra un oso polar»

–«¿Pero no era una isla tropical?»

–«Sí, pero verás...»

Y mi padre, dándome la espalda, ya desaparece hacia el taller, para dedicarse a lo tangible, al barro, a lo constructivo y, en última instancia, a lo terrenal en el sentido más estricto de la palabra. Si es que no se puede hablar de Perdidos con alguien que no acepte que en Perdidos todo se acepta.

Jung pasado por la túrmix con Defoe, Cristianismo con Tecnología Zen aderezado con el Equipo A y un anuncio de Cool Water. «Lo que pasó, pasó», como nos recuerdan constantemente los personajes. Poco más se puede decir.

Yo, por mi parte, espero como quien espera el alba, como quien aguarda un fusilamiento sin juicio, sin últimas palabras, sin gloria. Como dato positivo está la inclusión del mango en mi dieta, mi repentino interés por el ying y el yang y un inquietante optimismo frente a la muerte.

Pero, con todo, me temo que el final de la serie para los más de 10 millones que 'lostizamos' resolverá el verdadero significado de la frase tantas veces repetida a lo largo de seis temporadas: vivir juntos, morir solos.

Borges: el tiempo y el destino

Rescatado 'Los Rivero', un texto inédito del escritor argentino, encontrado en la Universidad de Austin, Texas

GABRIEL TORRES CHALK

■ En efecto, un manuscrito inédito del escritor argentino Jorge Luis Borges se rescata. Como si fuera uno de sus personajes, o uno de sus narradores, o ambos a la vez, desdibujando la figura detrás de la voz narrativa, gracias a la insistencia de Julio Ortega, 'Los Rivero' ven la luz. Como si hubiera sido hallado en uno de los últimos tomos de 'La Iliada' traducida por Pope, regalados por un anticuario (en el caso de 'El Inmortal', un tal Joseph Cartaphilus) a la princesa Lucinge. Como si fuera un cuento policíaco, tal vez algún bibliófilo, anticuario o cabalista podría haber seguido una infinidad de pistas falsas y dar con un baúl vacío en algún pueblo perdido en el norte de Noruega. Sin embargo, 'Los Rivero' se encontraban en la Universidad de Austin, Texas.

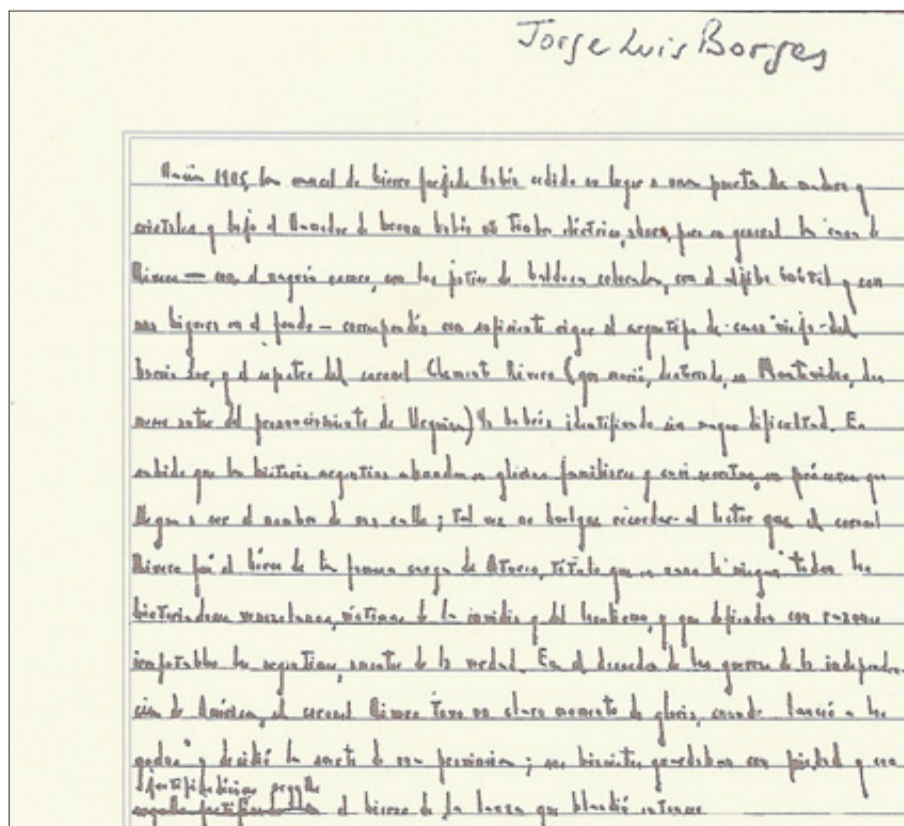
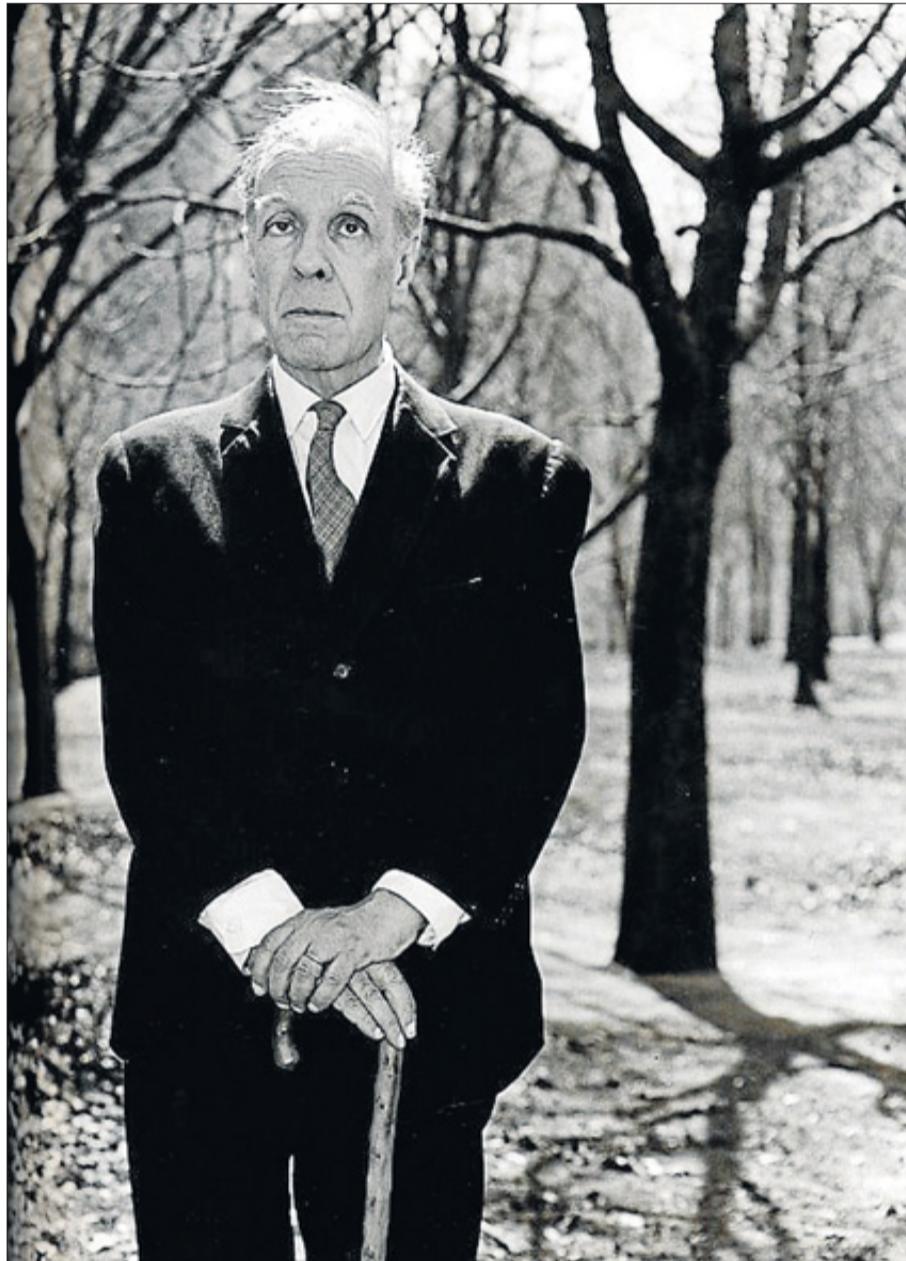
Según el propio Julio Ortega: «El manuscrito consiste en cuatro folios numerados, el cuarto sólo de cuatro líneas. La letra es laboriosa pero sistemática, esto es, decodificable sin mayores dudas que algunas lecciones mínimas y sólo un par de enmendaduras. Está sin fechar, aunque los bibliógrafos de la Harry Ransom Center for the Humanities, de la Universidad de Texas, Austin, donde se encuentra, lo han llamado: 'Manuscrito sin fecha, ca. 1950.' Ese cálculo, así como el título, 'Los Rivero', que no está en el ms., sugiere que el propietario lo había titulado y fechado.»

Tal vez el tiempo y el destino se han confabulado nuevamente para añadir un nuevo matiz de romanticismo a los laberintos de la escritura borgiana. En todo caso, una delicia para los lectores, no sólo por el fabuloso encuentro, sino por el acierto por parte de Del Centro Editores en la realización de una artesanal edición homenaje a Borges, proponiendo el diálogo entre éste y el artista argentino Carlos Alonso.

Del Centro Editores, en colaboración con la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, presenta una edición de un texto totalmente inédito y desconocido de Jorge Luis Borges. Dicha edición, que se realiza en conmemoración del bicentenario de la Revolución de Mayo, contiene una introducción de Julio Ortega, escritor, profesor en Brown University (EEUU) y uno de los mayores especialistas en literatura hispanoamericana del mundo, e ilustraciones del gran artista Carlos Alonso. Tiene una tirada de cien ejemplares numerados y firmados por el editor, realizados en papel de grabado, en rama, incluido en carpeta cubierta de papel estampado a mano todo dentro de un estuche entelado. La edición va acompañada de la reproducción facsimilar del manuscrito de Borges. A este texto se le ha dado el nombre de 'Los Rivero', que es con el que se encuentra archivado en la Universidad de Austin, Texas, propietaria del manuscrito, ya que no está titulado por su autor. En el mismo, Borges, habla de la familia Rivero, heredera de un héroe de la independencia. La presentación oficial se realizará el día martes 18 de mayo en el Centro de Arte Moderno de Madrid, a cargo de Julio Ortega, Raúl Manrique Girón, director del Centro de Arte Moderno, Claudio Pérez Míguez, director de Del Centro Editores, y Zulema González Guerrero, de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges.

Borges, de paso por Ibiza

Tal vez fueron precisamente el tiempo y el destino que impulsaron a Jorge Luis Borges a desembarcar en el puerto de Ibiza allá



El manuscrito de 'Los Rivero' consta de cuatro folios numerados

D. I.

«Tal vez el tiempo y el destino se han confabulado nuevamente para añadir un nuevo matiz de romanticismo a los laberintos de la escritura de Borges»

«Cuando dejaron Mallorca, parece ser que la ruta que tomaron hacia Sevilla fue vía Valencia, bajando por la costa hacia Granada. De camino a Valencia desembarcaron en Ibiza»

por el año 1919. Fue probablemente en otoño, cuando la familia Borges dejaba Mallorca tras una estadía de aproximadamente seis meses. No es un periodo biográfico profundamente documentado, pero es evidente que la familia Borges prefirió Mallorca a Barcelona, disfrutando del buen clima y sosiego tras el periodo de Ginebra, donde vivieron los años de la guerra.

En Palma se instalaron en un hotel frente a la pequeña iglesia de San Miguel en el corazón del casco antiguo. Estaban encantados con la ciudad, en especial el barrio histórico, con su impresionante catedral y el castillo de La Almudaina frente al mar. La familia Borges se quedó entusiasmada con el idílico pueblo de Valledemosa, donde conocieron a la familia Sureda, una de las más ricas de la isla, que vivía en un palacio cerca del monasterio. Cuando dejaron la isla, parece ser que la ruta que tomaron con dirección a Sevilla fue vía Valencia, bajando por la costa hacia Granada y Málaga. De camino a Valencia, desembarcaron en Ibiza.

La segunda vez que la familia Borges llegó a Mallorca, se alojaron en el Hotel de L'Artista, nuevamente, en Valledemosa. La tranquilidad de la vida en la isla permitió al joven Borges dedicarse a la experimentación artística en busca de la originalidad que pedían los ultraístas. Sus contactos con el ultraísta Guillermo de Torre están documentadas. Borges le envió, por ejemplo, una selección de traducciones de poemas expresionistas para que se publicaran en la revista 'Cervantes'.

En los años 80 Borges y María Kodama volvieron a visitar Mallorca con ocasión de la recepción del premio Cervantes en Madrid. Allí, visitaron a Robert Graves en su casa del pueblo de Deya. El encuentro fue algo surrealista debido a que Graves estaba ciego y sordo, dando la impresión de que era incapaz de apreciar la presencia de nadie.

El propio Borges no estaba seguro de que el escritor inglés se hubiera dado cuenta de su visita, pues no dijo ni una palabra. Únicamente cuando ya se estaban despidiendo, Robert Graves estrechó la mano a Borges y besó la mano de María Kodama. Con reverencia, Borges describiría posteriormente a Graves como una especie de ídolo con una serenidad patriarcal.

Helena Tur (Eivissa, 1969) cursó Filología Hispánica en Las Palmas y perteneció al grupo literario Calibán. Es doctora en Teoría de la Literatura por la Universidad de las Palmas de Gran Canaria. Acaba de publicar el libro 'Espacio de arena' (Ediciones Idea), al que pertenecen los seis poemas de esta página. Es autora también del libro de relatos 'Testimonios' (1998).

Seis poemas

HELENA TUR

Escribir en la arena tiene algo de oralidad. Es un acto efímero. Es, además, un hablar a solas. Sólo la mirada casual puede oír el susurro en crema antes de ser engullido en el mar.

Escribir en la arena es jugar con la piel y la huella. Es la tangibilidad hecha palabra. El dedo traza su marca en la piel de la tierra, dos superficies que se tocan un instante para crear un signo que inexorablemente se ha de borrar.

Pero eso no importa, porque tal vez no tengamos nada que decir. Y, aunque lo tuviéramos, no sabríamos.

Sin embargo, la experiencia es imborrable.

En este delirio solar, los cadáveres se desentierran fácilmente. Basta escarbar un poco y uno se topa con ellos. Incluso el aire levanta velos de arena de tanto en tanto, y aparecen entonces con transparencias de antaño a arrojarnos un poco.

No podemos verlos, por eso cerramos los ojos. Sus formas invisibles navegan en aires de sal y sentimos, de pronto, que nos estaban esperando con su paciencia arrugada. No son ellos, sino nosotros, los invitados, y en este pacto habitamos la arena con cuidado de no molestar. Nos miran como si nuestra presencia les limpiara la cara, incluso a los que han venido del agua. Hay una tremenda paz en todo esto. Tragamos saliva como si no diéramos crédito y queda un regusto de voces en distintos idiomas que no logramos entender.

Sin embargo, sabemos que han venido a legarnos la somnolencia.

Aquí impera la redondez. La bóveda etérea se desdobra en su reflejo para perfeccionarse en la esfera. En esta identificación indiferente todo es concentración y densidad. El agua devuelve al cielo su imagen de luces en un balanceo armonioso que no empaña la quietud.

La contemplación nos invita a esta identidad contenida que es idéntica incluso en sus alteraciones.

Sin embargo, no es la imitación celeste ni la perfección, sino el leve movimiento el que nos dice que hay dioses de agua.

Al nombrarlo, creamos el horizonte. No hay otro modo, antes ha permanecido confinado en la brumosa incertidumbre que viene de lejos.

Desde el barco, no engaña a nadie en sus bailes. Se mece al compás del empuje marino, se deshace y recompone en su vaivén de niño travieso que no sabe estarse quieto.

Pero, desde aquí, no logramos inmutarlo. Permanece oculto en sus lindes, con una apariencia de asomo de tanto en tanto, como anciano curtido que observa sin dejarse ver.

Imprecisión que se nos escapa como una imagen primigenia que ya sólo intuiremos en sus figuraciones.

El horizonte, lo hemos visto, es un acaecer personal.

Antes de llegar a la playa ya hemos visto gaviotas. Sus gritos de portera escandalosa han venido a anunciarnos que está cerca el mar. También, para el

marino, la gaviota le adivina la costa. Es la esperanza del horizonte seco en el que podrá descansar. La gaviota es el principio del desabismarse, desde el barco.

Pero, en tierra, la gaviota es el camino hacia el destierro marino. Es la promesa del asomo a lo inmenso, al salir del lugar, al misterio.

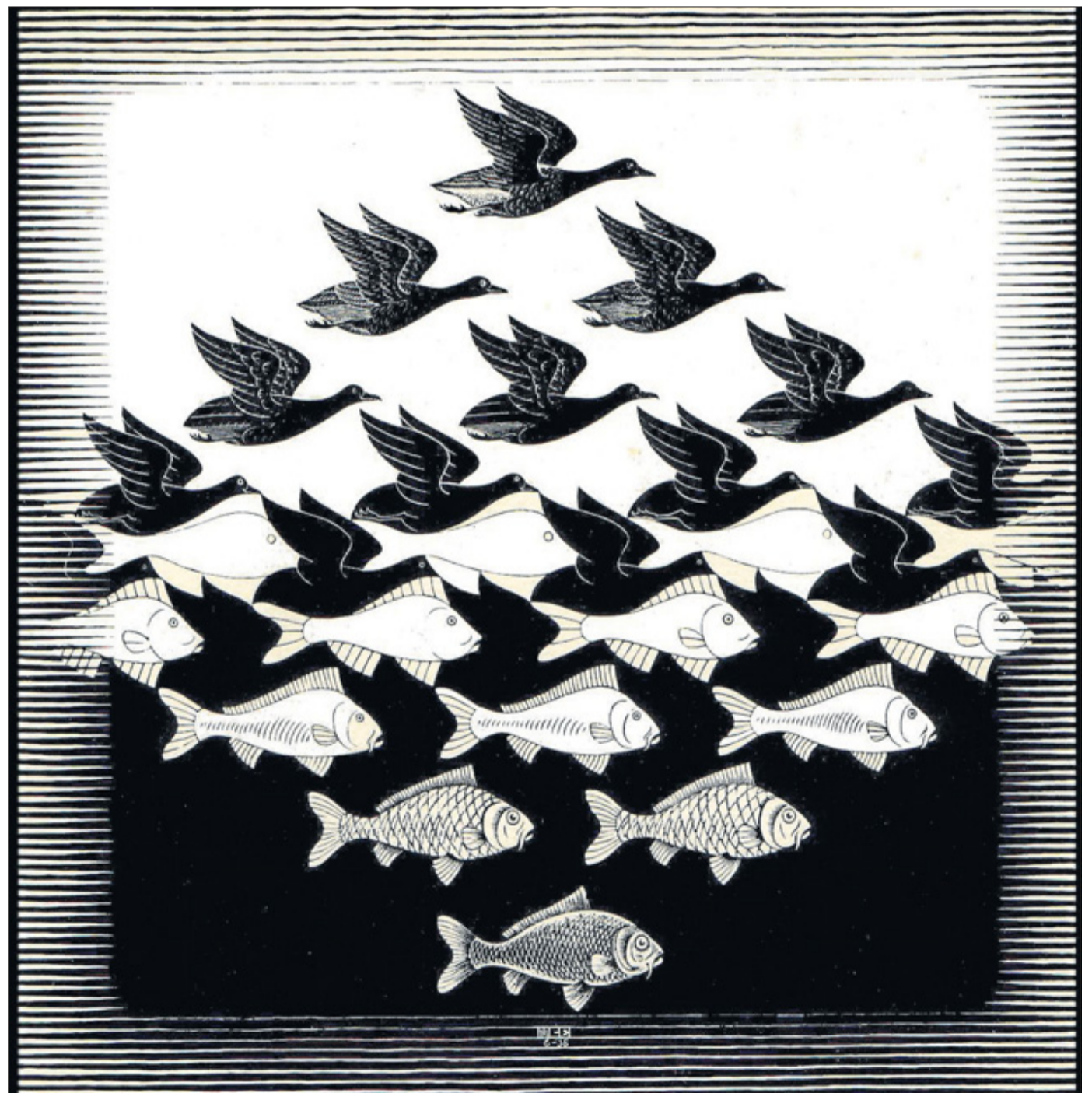
La gaviota vive así entre lo familiar y lo incógnito. Une en sí lo seguro y el riesgo porque tiene alas de sal. A veces, un individuo abandona a los suyos y se adentra a lo lejos. Ocurre cuando algo lo empuja a aventurarse más allá de sí mismo. Entonces cabe la posibilidad del no regreso, de la pérdida en lo infinito, de la extrema libertad.

El ave sabe que asumir el destino es asumir el peligro de su milagroso volar.

La gaviota es el habitante del límite.

Los signos borrados desadjetivan este mar mientras la luz mantiene sostenidas las voces. No llegan a mojarse, desaparecen en su vuelo de nieve como añicos de asteroide salado. A veces se reflectan sus sombras en destellos crujiendo. Con el tiempo, intuimos una consagración insinuada en la fuga de valsos.

Pero no acertamos a definirla.



'Cielo y agua', de M. C. Escher